



## EL GÉNERO Y LA ESCRITURA SELECTIVA DE LA TEORÍA SOCIAL: NOTAS PARA LA REESCRITURA DE LO SOCIAL

Elisabeth Simbürger  
*Universidad de Valparaíso*  
| elisabeth.simbuerger@uv.cl |

---

### Resumen

Lo social es un elemento fundacional de la sociología. El problema es que a partir de los clásicos esta categoría ha sido utilizada de manera universal sin consideración del contexto de su producción. El presente texto reflexiona acerca de las aspiraciones, prácticas y autocomprensión que informan el estudio de lo social por parte de los sociólogos, para lo cual emplea como material una serie de entrevistas que la autora realizó con académicos ingleses. En particular, el artículo discute la relación que los sociólogos establecen con la teoría social en la práctica de la escritura sociológica. En base a tales narrativas, se discute la escritura selectiva de *lo social* en formas de teorización social que omiten el género y la etnicidad. En base a esta discusión, el artículo plantea como desafío los modos en que podemos re-leer la teoría social clásica.

### Palabras Clave

Sociología, teoría social, lo social, género



## Introducción

En el marco de una investigación doctoral sobre el estado de la Sociología en el Reino Unido, hace algunos años entrevisté a una treintena de sociólogos británicos. Me interesaba conversar sobre sus aspiraciones y prácticas sociológicas en un contexto de austeridad económica y de profundos procesos de re-estructuración neoliberal de la educación superior (véase, Simbürger 2009). En particular, deseaba discutir con ellos y comprender, a través de sus relatos, las dificultades de defender la centralidad de la “imaginación sociológica” en circunstancias en que la idea misma de lo social se encontraba en entredicho y franca decadencia.

Al consultarles acerca de *lo social* como objeto primordial de la disciplina, un grupo importante de entrevistados hacía referencia al carácter abierto y esencialmente relacional de este elemento analítico. A su juicio, lo social refería tanto a la escala de grupos pequeños de personas, a instituciones y colectivos, así como a la relación entre estas esferas. Por tanto, el análisis y comprensión de lo social no podría ser nunca unidimensional, más bien supone una exploración sintética que levanta y relaciona una pluralidad de cuerpos de conocimiento (Stanley 2005). Así, si lo social “está en el corazón de la sociología”, como comentaba una profesora titular de una universidad inglesa, es precisamente porque es un “concepto productivo” que “puede ser articulado de maneras muy diferentes”.

Por su parte, para otro grupo de entrevistados, lo distintivo del análisis sociológico de lo social descansaba en el establecimiento de conexiones entre estructuras sociales, procesos históricos y biografía individual. Desde esta perspectiva, lo social es visto como el elemento intersubjetivo que permite “comprender los problemas en términos de su contexto” y “mirar al mundo en términos estructurales”.



No resulta difícil identificar la cercanía y continuidad que estas apreciaciones tienen con la manera en que los teóricos sociales del siglo XIX planteaban la pretensión de la sociología: a saber, la necesidad de “fundar una ciencia capaz de rastrear las características centrales de lo social en todas sus dimensiones y en todas sus aplicaciones particulares” (Scott 2005: 21). Si bien esta influencia clásica aparecía con frecuencia en las descripciones de mis entrevistados acerca de su trabajo sociológico (especialmente se hacía referencia a Comte, Simmel y Durkheim), para varios de ellos la figura de C. Wright Mills era sin duda la más determinante en términos de influenciar sus formas de pensar y practicar la sociología. En particular, destacaban la importancia de la “imaginación sociológica” como noción que apela a la capacidad de establecer teóricamente y rastrear de manera empírica el vínculo entre experiencia biográfica y procesos históricos. En efecto, al referirse a ello, este autor establece que “ningún estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad, ha terminado su jornada intelectual” (Mills 1987: 26). La noción de Mills, entonces, parece ser un epítome de que lo social puede ser un punto de anclaje disciplinar.

De este modo, los sociólogos y sociólogas entrevistados suelen concordar en la prioridad de *lo social* y la *imaginación sociológica* como factores clave a la hora de definir los elementos centrales de la disciplina. Ello no significa que haya un consenso radical respecto a qué es lo social. Se trata de un término muy disputado en la sociología contemporánea, cuya popularidad reside precisamente en que permite abrir un espacio para una multiplicidad de interpretaciones y apropiaciones (Brewer 2005). Por lo mismo, debemos ser cuidadosos con simplemente asumir que *lo social* puede ser utilizado como dispositivo que *unifica* a la disciplina, especialmente si ello implica divorciar los elementos



estructurales, históricos y biográficos que lo componen o si también conlleva considerarlos de manera asimétrica (Stanley 2005). Esto resulta así porque precisamente tal unificación invisibiliza la pluralidad constitutiva de lo social. Esto es tal cuál como el carácter “asexuado, pero encubiertamente masculino” del libro de Mills, dónde se revela una forma de escritura que, pese a sus pretensiones críticas, resulta sorprendente acrítica en la práctica (Morgan 1998: 648).

Tal como sugiere Gouldner, existe una diferencia entre lo que los sociólogos desean hacer y decir, y lo que efectivamente hacen y dicen en el mundo (Gouldner 1970: 489). Si ello es así, los sociólogos debemos mantener una vigilancia reflexiva sobre las relaciones y conflictos que en este espacio se producen. La teoría social es un recurso importante para el despliegue de dicha reflexividad, pero también es un espacio en el que se visibilizan con particular intensidad las tensiones entre las aspiraciones y prácticas sociológicas. Es quizás por esta razón que Gouldner sugiere que la teoría social es la primera forma de práctica sociológica.

Es en este marco que a continuación deseo reflexionar sobre las relaciones que los sociólogos establecemos con la lectura, interpretación y escritura de la teoría sociológica como primera forma de aproximación a la práctica sociológica. Para ello me apoyo, como mencioné al inicio, en las historias que una variedad de sociólogos ingleses compartieron conmigo acerca de sus preocupaciones e intereses más apremiantes; también, de sus apreciaciones acerca de cómo se conceptualiza y compromete lo social en la escritura selectiva realizada por la teoría social.



## **La teoría social como práctica: la exclusión del género**

Por escritura selectiva me refiero a la práctica de enfatizar y brindar validez universal a premisas que, en último término, descansan en experiencias particulares que, no obstante, devienen en supuestos dominantes. El punto problemático, no es la selectividad propiamente tal —un componente ineludible en la escritura o cualquier otra forma de observación— sino la universalización de un punto de vista singular que se reviste de apariencia fundacional. En la teoría social esto generalmente se traduce en descripciones y explicaciones sobre lo social que apelan a cierta universalidad, pero que privilegian voces y modos de ser particulares: hombres, blancos, de clase media y europeos.

Este es un aspecto especialmente sensible para los sociólogos y sociólogas con quienes he conversado, especialmente en los casos en que la propia experiencia (de ser mujer, no blanca y no europea) es vivida como particularizada e invisibilizada por los relatos y marcos de interpretación dominantes en la disciplina. A su juicio, gran parte de la teoría social estaría escrita sobre la premisa de validez universal. Esta pretendida universalidad de la teoría social se retrotrae a la raíz ilustrada de la sociología (Hawthorn 1987; Kilminster 1998), donde la reflexión crítica y el conocimiento racional devienen en llaves de acceso al mundo. Pero esta aproximación racionalizada y objetivista que ha tendido a prevalecer en la escritura de lo social, resulta inconsistente con las experiencias de actores que se encuentran a sí mismos en la periferia de dicha experiencia “universal”.

Históricamente, la producción de conocimiento ha sido un proceso altamente machista; ha establecido la idea del hombre racional como el sujeto conocedor por excelencia y sistemáticamente ha excluido a las mujeres como agente productor de conocimiento. Es en este marco



que el feminismo identifica la incapacidad de la Ilustración por estar a las alturas de su propia promesa emancipadora como uno de los principales signos de su fracaso. En efecto, cuestiona la pretensión de universalidad y el estatus de objetividad que el conocimiento sociológico producido primordialmente por sujetos masculinos y blancos se atribuye para sí (Harding 1990; Delamont 2003; Lovell 1990; Pullen 1999; Smith 1974). No obstante el innegable impacto que la crítica feminista y los estudios *Queer* han tenido en la disciplina, la persistencia de la desigualdad de género en el mundo académico y en los marcos de interpretación teóricos de la sociología es algo que mis entrevistados constatan cotidianamente en su propia práctica. Janet, una joven investigadora en temas de género en una universidad creada en los 1960s, comenta con irritación que sus colegas rara vez integran la dimensión del género en la escritura de sus trabajos:

Me gustaría ver a estos viejos hombres blancos, que todavía escriben libros muy influyentes, incorporar un poco estas nociones sobre la diferencia. Es absolutamente inexcusable que sigan haciendo este tipo de argumentos absurdos que son tan profundamente sexistas sin darse cuenta de ello. Es inaceptable que esto siga ocurriendo en nuestros tiempos.

La acusación de Janet parece dirigirse a académicos como Carl, un profesor *senior* en una universidad inglesa tradicional (*Red-Brick*). En opinión de Carl, el tipo de sociología que sus colegas suelen practicar en gran parte “está disfrazada de política o bien de metafísica. El 90% de la sociología está disfrazada de política. Actúan en representación de ciertos grupos, personas discapacitadas, mujeres”. A su juicio, es precisamente el



abandono de la pretensión universalista en nombre de grupos particulares lo que daña las tareas críticas de la sociología.

Es posible que el éxito relativo de la sociología feminista en desenmascarar algunos de los presupuestos epistemológicos convencionales de la disciplina, hagan cada vez más difícil fundamentar la “neutralidad” normativa de planteamientos como los de Carl. Resulta simplemente absurdo obviar el efecto transformador que el feminismo ha tenido en la sociología, imprimiendo su marca en la escritura de libros, investigaciones y el currículo académico. Sin embargo, ello no excluye el hecho de que “desafiar las bases teóricas y metodológicas tradicionales de la disciplina” sea lo que “mayores dificultades e inercia ha encontrado” (Pullen 1999: 63). En efecto, contrario a lo que puede pensarse, la sociología feminista y los estudios de género no son parte del canon intelectual ni de la formación disciplinaria: todavía poseen el estatus de especialidad dentro de la sociología, un campo diferenciado que difícilmente tiene espacio en los cursos de teoría social, relegado a sesiones temáticas específicas sobre género o bien a cursos electivos (Abbott and Wallace 1997). Un caso paradigmático de esta situación es lo que ocurre en la sociología chilena actual, donde las jerarquías epistemológicas sistemáticamente invisibilizan el género como tópico o categoría analítica en la formación y quehacer sociológico de los estudiantes, tal como lo evidencia un reciente estudio (Simbürger y Undurraga 2013).

Esta relación problemática entre el feminismo y la sociología, resulta difícil de comprender si desatendemos las condiciones de producción de los procesos de transformación intelectual (Pullen 1999: 2). Ello es particularmente relevante para el caso del lugar del feminismo y el género en las formas de escribir sobre lo social y la práctica de producción teórica en la sociología. Si aceptamos el planteamiento de



Alvin Gouldner de que teorizar es un lugar común de la disciplina, resulta a todas luces problemática la tendencia a elevar dicha práctica al plano de la “Teoría” y al status de “dispositivo de especialistas apropiado por unos cuantos en los puestos de poder”. Al ocurrir esto, la Teoría se institucionaliza dentro de la universidad como un espacio que es valorado por los “productos de conocimiento” y por la capacidad de movilizar “prestigio y poder al interior de la disciplina” (Stanley 2000: 62). Así se establecen criterios que determinan lo que cuenta como investigación y teoría legítima dentro de la sociología. Tal como me comentó una profesora, “creo que todavía existe una jerarquía que determina lo que hace legítima a la sociología y es lo que los teóricos hombres hacen”.

Lo que ocurre es que las diferentes jerarquías que se articulan en torno a la escritura de la teoría social luego se perpetúan en la escritura de los manuales de sociología. De manera decidora, la consistente ignorancia del género como categoría analítica fundamental en la sociología por parte de quienes escriben manuales, manifiesta una vulneración del principio sociológico de estar abiertos a integrar nuevos conocimientos. Si el género sigue siendo desplazado del umbral de la teorización social es precisamente, como señala Gouldner, porque contradice y pone en cuestión las “premisas dominantes” de muchos teóricos sociales (Gouldner 1970).

Pero el impacto de la sociología feminista en el *mainstream* de la disciplina también tiene sus vaivenes, como ocurre con la adopción de las críticas feministas por parte de sociólogos que, desde posiciones post-modernas y vinculadas a los *estudios de masculinidades*, las presentan como si los hombres mismos fueran los creadores originales (Abbott y Wallace 1997: 19). Dicha traducción de los términos es vista por sociólogas feministas como una colonización que burla los propósitos de



la propia crítica. Pues, tal como una de mis entrevistadas comenta, “si eres etiquetada como feminista, entonces no eres considerada tan en serio. O para ponerlo de otro modo, los temas no existen hasta que son estudiados por hombres”.

Otro correlato de este fenómeno es la paradójica exclusión de otros aspectos sociales en vistas de la gran atención destinada al problema de la exclusión del género en la escritura teórico-social. Otras dimensiones igualmente importantes para la crítica del universalismo no han recibido toda la atención que merecen (Reed 2006).

De alguna forma, quienes trabajan en el ámbito de los estudios de género tienden a replicar los presupuestos universalistas cuando el énfasis de sus problematizaciones descansa en la “elección” de los sujetos y la capacidad de “auto-invencción” que poseen, especialmente cuando se refieren a identidades gay y lésbicas. Básicamente, porque la valoración de tales atributos está culturalmente asentada en una concepción eurocéntrica y liberal que, en ningún caso, representa o se basa en la experiencia de la mayoría de la sociedad. Al esencializar el género como categoría o problema fundacional, se corre el riesgo de desarrollar escrituras igualmente selectivas de lo social que invisibilizan o excluyen, esta vez no el género, sino que las experiencias de grupos o minorías étnicas. A estas alturas, las teorías sociológicas que intentan describir y explicar lo social desde una lógica universalista, están obsoletas. Tan obsoletas como el intento de describir y explicar lo social desde una lógica puramente particularista pero igualmente esencialista (Seidman 1991).



## **Re-escribir lo social en el siglo XXI: integrando la diferencia**

El universalismo ejerce presiones sobre la práctica sociológica. Hasta el momento he reseñado algunos de los alcances, costos y paradojas de la exclusión de las categorías de género a nivel de escritura teórico-social. A continuación, y de nuevo echando mano a algunas conversaciones con mis entrevistados, deseo realizar algunas observaciones acerca de los desafíos implicados en el esfuerzo por incorporar la noción de diferencia en el trabajo sociológico cotidiano, tanto en la escritura como en la enseñanza. El punto consiste en valorar el “contraataque” que los sociólogos empeñados en reescribir la teoría social realizan de manera cotidiana, enseñando sociología de un modo diferente o contribuyendo con un discurso crítico en el espacio público.

Para Janet, la joven investigadora a la que hice referencia al inicio, la escritura sociológica conlleva una responsabilidad ética y política ineludible. Ella establece que toda vez que “las vidas de las mujeres han sido esencialmente ocultadas de variadas maneras” la escritura se transforma en una manera de “documentar” esas vidas e historias y una forma de “desocultar” su ocultamiento. El compromiso con documentar y proveer una mirada alternativa de la vida de las mujeres puede ser entendido como una manifestación de la lucha sociológica por contribuir al cambio social. De cierta forma, tal como argumenta Stevi Jackson, la sociología feminista puede ser vista como una forma de aplicar la “imaginación sociológica” a la propia disciplina. Pues existe “una convergencia entre la convicción feminista de que lo personal es político y la famosa afirmación de C. Wright Mills de que la imaginación sociológica transforma los ‘problemas personales’ en ‘asuntos públicos’” (Jackson 1999: 71). Al aplicar la imaginación sociológica a la sociología misma, las y los feministas han transformado su aparente “problema



personal” con la exclusión del conocimiento feminista en un “asunto público” al interior del campo disciplinario.

En este marco, no deberíamos subestimar el logro intelectual y político de la sociología feminista al contribuir a dislocar los códigos prevalentes y visualizar nuevas prácticas sociológicas. Lo que no puede ocurrir, sin embargo, es que nos contentemos de manera cínica con dichos logros. El desafío, tal como me lo comentara una profesora inglesa de un ex instituto politécnico, consiste en mantener la fuerza para seguir recolectando y buscando voces alternativas, para dar su testimonio no sólo en los libros y artículos que escribimos sino que también en las historias que compartimos en la sala de clases con nuestros estudiantes. Ante tal desafío, la pregunta, sobre todo para quienes sienten cercanía a la reflexión teórica, es cómo reescribir y enseñar teoría social sin silenciar voces.

No se trata aquí de ofrecer fórmulas acerca de cómo hacerlo, sino más bien de mantener una actitud de modestia en relación al carácter esencialmente selectivo de los corpus de conocimientos que empleamos en nuestras investigaciones, producimos en nuestros escritos y transmitimos a nuestros estudiantes. Pero, como toda selección implica alguna forma de olvido, el desafío consiste, precisamente, en luchar contra el olvido de las diferencias que constituyen lo social.

## **Epílogo: re-leyendo a los clásicos**

Luchar contra el olvido de las diferencias que constituyen lo social también incluye luchar contra el olvido de los clásicos. Desde la teoría literaria, Ítalo Calvino describe las obras clásicas como libros que siempre debemos volver a leer, precisamente porque son textos que “persisten



como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone” (Calvino 1999: 8). En vez de aproximarnos a los clásicos como piezas de museo, Calvino sugiere tomarlos como fuente para el ejercicio crítico. Casi haciendo eco de las palabras de Calvino, una de mis entrevistadas que trabaja en el campo de los estudios post-coloniales señala que los sociólogos no podemos estar siempre a la “defensiva”, tenemos que aprender a “vivir en la historia de la disciplina”. Por ello, pensar de manera no esencialista y crítica del universalismo no significa abandonar la teoría social clásica sino que utilizarla como gatillador de relaciones con otros corpus de conocimiento. Se trata entonces de leerla a la luz de su espacio de producción y re-pensarla irradiados por los problemas contemporáneos.

En la respuesta de Calvino a la pregunta respecto a cómo puede ser definido un clásico, existe un elemento adicional relevante para la preocupación sociológica con el canon de la disciplina. A saber, que los clásicos no son entidades congeladas sino que una creación selectiva de los propios lectores, por lo que:

No queda más que inventarse cada uno una biblioteca ideal de sus clásicos; y yo diría que esa biblioteca debería comprender por partes iguales los libros que nos proponemos leer y presuponemos que van a contar para nosotros. Dejando una sección vacía para las sorpresas, los descubrimientos ocasionales (Calvino 1999: 9).

La invitación de Calvino debe interpelarnos a poner mucha más energía en redefinir a los clásicos en la teoría social y hacia una re-escritura de lo social. Al promover la apertura hacia lo que consideramos como un clásico, Calvino, sin embargo, no toma en cuenta la distribución desigual de poder dentro de una disciplina a la hora de



defender el canon y sus contenidos. Por ello, la disputa consiste en trabajar con y a partir de autoras y categorías que han sido sistemáticamente dejadas fuera de la historia oficial de la sociología. Es hora de re-escribir su importancia.

## **Bibliografía**

Abbott, Pamela; Wallace, Claire y Tyler, Melissa (2005). *An Introduction to Sociology. Feminist Perspectives*. Londres, Routledge.

Bhambra, Gurinder (2014). *Connected Sociologies*. Londres, Bloomsbury.

Bhambra, Gurinder (2007). *Rethinking Modernity. Postcolonialism and the Sociological Imagination*. Basingstoke, Palgrave.

Brewer, John (2005). "The Public and Private in C. Wright Mills's Life and Work", *Sociology* 39 (4): 661-677.

Calvino, Italo (1999). *Why Read the Classics?* Londres, Jonathan Cape.

Chriss, James (1999). *Alvin W. Gouldner: Sociologist and Outlaw Marxist*. Alderslot, Ashgate.

Delamont, Sarah (2003). *Feminist Sociology*. Londres, Sage.

Gouldner, Alvin Ward (1970). *The Coming Crisis of Western Sociology*. Londres, Heinemann.



Harding, Sandra (1990). "Feminism, Science, and the Anti-Enlightenment Critiques". En Linda Nicholson (ed.) *Feminism/Postmodernism*. Nueva York, Routledge: 83-106.

Hawthorn, Gregory (1987). *Enlightenment and Despair. A History of Social Theory. Second Edition*. Cambridge, Cambridge University Press.

Hill Collins, Patricia (1986). "Learning from the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminist Thought", *Social Problems* 33 (6): 14-32.

Jackson, Stevi (1999). "Feminist Sociology and Sociological Feminism: Recovering the Social in Feminist Thought", *Sociological Research Online* 4 (3). Disponible en: <http://www.socresonline.org.uk/4/3/jackson.html>

Kilminster, Richard (1998). *The Sociological Revolution. From the Enlightenment to the Global Age*. Londres, Routledge.

Lovell, Terry (ed.) (1990). *British Feminist Thought. A Reader*. Oxford, Basil Blackwell.

Mills, C. Wright (1989). *La imaginación sociológica*. México, FCE.

Morgan, David (1998). "Sociological Imaginings and Imagining Sociology: Bodies, Auto/Biographies and other Mysteries. Presidential Address to the British Sociological Association", *Sociology* 32 (4): 647-663.

Pullen, Elaine (1999). *Feminism and Sociology: Processes of Transformation*. Tesis Doctoral, Universidad de Warwick.

Reed, Kate (2006). *New Directions in Social Theory: Race, Gender and the Canon*. Londres, Sage.



Scott, John (2005). "Fallacies in the Critique of Disciplinary Sociology", *Sociological Research Online* 10 (3). Disponible en: <http://www.socresonline.org.uk/10/3/scott.html>

Seidman, Steven (2008). *Contested Knowledge. Social Theory Today. Fourth Edition*. Malden, Blackwell Publishing.

Seidman, Steven (1991). 'The End of Sociological Theory: The Postmodern Hope', *Sociological Theory* 9 (2): 131-146.

Simbürger, Elisabeth y Undurraga, Rosario (2013). "Jerarquías epistemológicas: formas de invisibilizar el género en las carreras de sociología en Chile". En Mora, Claudia (ed.) *Desigualdad en Chile: La Continua Relevancia del Género en Chile*. Santiago de Chile, Editorial Universidad Alberto Hurtado: 171-195.

Simbürger, Elisabeth (2009). *Against and Beyond – For Sociology. A Study on the Self-understanding of Sociologists in England*. Tesis Doctoral, Universidad de Warwick.

Smith, Dorothy (1974). "Women's Perspective as a Radical Critique of Sociology", *Sociological Inquiry* 44 (1): 7-13.

Stanley, Liz (2000). "For Sociology. Gouldner's and Ours". En John Eldridge, John MacInnes, Sue Scott, Chris Warhurst y Anne Witz (eds.) *For Sociology. Legacy and Prospects*. Durham, Sociology Press: 56-82.

Stanley, Liz (2005). "A Child of Its Time: Hybridic Perspectives on Othering in Sociology", *Sociological Research Online* 10 (3). Disponible en: <http://www.socresonline.org.uk/10/3/stanley.html>